

incomprensión total. En este sentido parecería que la incomensurabilidad y el relativismo que emana de ella, son más bien argucias teóricas al servicio de un fin práctico, para nada despreciable, como es la intención de que no se impongan valores de una cultura foránea; pero padece serias inconsistencias normativas y descriptivas.

En otras palabras, si bien el relativismo nos brinda numerosos ejemplos de teorías o visiones aparentemente incommensurables, no nos explica la razón por la cual, al fin de cuentas y con mayor o menor precisión, logramos comprender al otro. En todo caso, la renuncia a la traducción radical, no nos lleva necesariamente a la incomunicación de lo cual se sigue que, si bien la traducción total se presenta como una utopía, puede servirnos como ideal regulativo en nuestro afán de comprender.

Bibliografía

- Berlin, I. (2000), *Vico y Herder*, Madrid, Cátedra.
- Formigari, L., (2004) *History of Language philosophies*, Philadelphia, USA, J. Benjamins publishing Company.
- Herder, J. G., (1950) *Filosofía de la historia para la educación de la humanidad* (Introducción de E. Pucciarelli), Bs. As., Editorial Nova.
- Herder, J. G., (1954) *La idea de humanidad* (Selección, traducción, prólogo y notas de Catalina Schirber), Bs. As., Fascículo 40 de la Antología alemana editada por el Instituto de Literatura alemana, FFyL, UBA.
- Herder, J. G., (1959) *Ideas para una Filosofía de la Historia de la humanidad* (traducción directa de J. Rovira Armengol), Bs. As., Losada.
- Kuhn, T. S., (1993) [1962/1969], *La estructura de las revoluciones científicas*, México, F.C.E.
- Olender, M., (2005) *Las lenguas del paraíso*, Argentina, F.C.E.
- Palma, D. A., (2005) *Relativismo e incommensurabilidad. Apuntes sobre la filosofía de T. Kuhn*, Bs. As., Baudino ediciones.
- Parekh. B., (2000) *Rethinking Multiculturalism: cultural diversity and political theory*, New York, USA, Palgrave Publishers.
- Pilling, M. y Davies, I. R. L., (2004) "Linguistic relativism and colour cognition", *British journal of Psychology*, N.º 95, pp. 429-455.
- Schaff, A., (1967) *Lenguaje y conocimiento*, México, Grijalbo.
- Whorf, B. L., (1971), *Lenguaje, pensamiento y realidad*, Barcelona, Seix Barral. Extraído de <http://www.inicia.es/diego_reina/filosofia/antropologia/whorf.htm> [Consulta: 15/11/2004].

Apetito por la apatía o "disculpe profesor pero no hice el trabajo porque en Internet no encontré nada"

Matías Panaccio

Tembloroso, casi acobardado, como si se sintiera un pasajero del Titanic o un reo que escucha su sentencia a la pena capital, un estudiante a quien confiné, con la cruel frialdad que me caracteriza, a leer "Crónica de una muerte anunciada" de una

semana para la otra, esperó tímidamente que se retirara toda la clase para aborarme en el íntimo refugio del aula vacía y confesarme que él no disfruta de la lectura y que lo más probable era que hiciera el intento pero que no creía que fuera a leer el libro. Su sinceridad era admirable, casi tanto como el argumento con el que pretendió graficar su situación: "Cuando me bajo un juego de Internet –juró– leo dos o tres reglas y me aburro". A mi estudiante lo aburren las reglas del juego y, ahora que leo esta última frase, se me ocurre que yo no podría esbozar una analogía mejor.

Como docente de un Taller de Redacción me interesa mucho saber qué leen mis estudiantes, y por "qué leen", me refiero a que clase de líneas pasan por sus ojos todos los días. Formulada esta pregunta el primer día de cada cuatrimestre, palabras más, mentiras menos, la respuesta es siempre la misma, Internet. Correos, avisos clasificados, chat, mensajes de texto vía telefonía celular o foros de intereses diversos constituyen el material de lectura básico de nuestros estudiantes. No otro. No novelas, no cuentos, no bibliografías obligatorias, no ensayos, no diarios, no revistas, no reportajes a referentes de su futura profesión. A su vez, Internet es donde ellos más escriben. El enfoque del problema que nos ocupa, entonces, se diversifica en progresión geométrica. Por enumerar de alguna manera:

Googleo, luego existo

El archifamoso "No sé lo que quiero pero lo quiero ya" de Luca Prodan editorializó el pragmatismo que se respiraba en los '80 y anunció el vendaval de ansiedad ciclotímica que nuestros estudiantes aparentarían sufrir dos décadas después. Pareciera que toda la capacidad de sorpresa que debería caracterizar a la juventud hubiese sido desplazada por una tendencia a la frustración ante el objetivo no instantáneo. Así muchos estudiantes, sobre todo los recién salidos del secundario, se asfixian si Internet no les acerca cuanto menos un sendero de investigación. Si no está en Internet, ¿dónde?

¡Así estaba en Internet!

Aquel viejo concepto de las noticias como construcción de la realidad ha pasado, con la naturalidad que era de esperar, a los *ciberartículos*. Por ende, aquella ingenuidad de "lo vi en la tele" pasó a ser "lo saqué de Internet". Dicho de otra manera, nuestros estudiantes entran a la Universidad con el espíritu crítico en coma tres con pronóstico reservado.

El caso Monografías.com

De lectura obligatoria para nosotros, los docentes, el sitio es el salvoconducto *express* del estudiante en problemas de tiempo o de voluntad o de las dos cosas. La problemática del plagio en la educación superior, sin embargo, no es más que un engranaje de la lógica generacional de lo que, en última instancia, parece significar "conocimiento". "Saber" tiene que "valer no por sí mismo sino por un eventual fin" y si, entonces, "sirve para algo", "alguien ya lo debe haber escrito al respecto" porque "ya está todo inventado". Esta línea de pensamiento letal para cualquier estudiante se propaga con vertiginosa rapidez, con insuficientes cuestionamientos morales, por lo que cabe preguntarse si será una conducta que se corrija en la edad adulta. No obstante, aquel círculo vicioso del conocimiento pragmático se torna más peligroso cuando se copian datos erróneos porque ¡así estaba en Internet! Dicho

de otra manera, se plagia y, para peor de males, sin espíritu crítico.

“La pérdida de mi mujer” o “la perdida de mi mujer”

El último síntoma a lidiar desde un Taller de Redacción en los tiempos de la banda ancha es la ortografía. Tildes que faltan, haches que no existen, “q” por “que”, “xq” en lugar de “porque” o “por qué”, “tb” indistintamente por “todo bien” o “también” sin regla fija porque su sentido varía de redactor en redactor, preguntas que se cierran con signos de interrogación pero que no se abren (maldito castellano), abreviaturas que no corresponden, siglas no explicadas y los más preocupantes errores de ortografía. Así se escribe en y para Internet. Por carácter transitivo, así se lee por Internet que, recordemos, es el material básico de lectura cotidiana de nuestros estudiantes. Y sí, así escriben. Y sí, son universitarios. Y no, no podemos desligarnos del tema ni echarle la culpa a la formación secundaria. Hagámonos cargo de este problema con la conciencia tranquila ya que no se circunscribe a la Facultad y mucho menos a la Universidad y propongámonos hacer de la correcta escritura un atributo de nuestros egresados. Pensemos que, en un futuro para nada lejano, nuestros estudiantes eventualmente van a escribirle a un posible empleador por un puesto de trabajo y los últimos docentes que van a haber podido aconsejarlo al respecto vamos a haber sido nosotros mismos, no un docente secundario que estereotipamos en nuestra mente para culparlo de todos los males que les legaron a sus (nuestros) estudiantes.

Aportes del aula taller

Una solución que me ha funcionado es proponer un manual de estilo de la cátedra basado en tres tipos de normas. El primero exige un nivel de redacción acorde a la formación intelectual y cultural que se le exige en el mercado laboral a una persona que decidió cursar y finalizar sus estudios universitarios. En un segundo nivel se fija un conjunto de reglas que apunta a la creatividad de expresión y promueve la búsqueda del estilo personal al otorgarle estatus de futuro sello de diferenciación profesional. El tercero fija las pautas de investigación y apunta a explorar profundo en un radio acotado. Un militante de lo inédito como lo fue Augusto Monterroso aconsejaba a sus colegas escritores no olvidar que, por más original que fuera, un recurso por sí mismo jamás superaría a la profundidad de una historia o a la complejidad de sus protagonistas.

Expresado de manera más taxativa, el manual de estilo de la cátedra procura que los estudiantes utilicen una sintaxis poderosa y creativa y una gramática inapelable para expresar contenidos sólidos e interesantes.

Subyace entonces una cuarta norma tácita: La lectura como condición previa y necesaria para una correcta redacción. Debemos nosotros seguir diferentes opciones didácticas entre los extremos de, por un lado, manejar al dedillo los códigos de nuestros estudiantes y hacerles leer sólo el material que sabemos que los atraparé y, por el otro, decirles: “¡Es la bibliografía, estúpido!”

Un gran desafío tenemos. Debemos lograr que nuestros estudiantes lean haciéndoles comprender que todos los atajos no son siempre recomendables y que la intelectualidad siempre queda más adelante.

El aula, arena de negociación

Florencia Panichelli

“¿Y esto para qué me va a servir?” Suele ser la pregunta con que todo profesor de Comunicación debe enfrentarse al dar clases en una carrera vinculada sólo tangencialmente con la problemática comunicacional.

Pues bien, puesta a dictar la materia Comunicación Oral y Escrita por primera vez en una comisión de futuros diseñadores de indumentaria, decidí adelantarme al interrogante fatal. Y aunque no adscribo a la postura que entiende únicamente el conocimiento en una sinergia con la utilidad, me dispuse a pensar en qué sentidos la comunicación podía ser una herramienta más en el trabajo del diseñador de moda.

Sumergirse (incluso, a veces, permitirse naufragar) en el mundo de la escritura, de la gestualidad, de la escucha, de la oralidad — es decir, de la comunicación humana — comporta, sin lugar a dudas, un crecimiento en el manejo de las relaciones interpersonales, pilar fundamental del mundo del trabajo. Y del trabajo del diseñador en especial, puesto que el contacto con proveedores, colegas y clientes es permanente e insoslayable. Por otra parte, el mercado del diseño es también (además de un mundo de imágenes, de objetos y de todo tipo de estímulos visuales) una trama de conceptos que intentan transmitirse y que apuntan a identificar a un determinado grupo de consumidores. Esto es: no se trata sólo de lo que se ve, sino también de lo que se “dice” a través de lo que se ve. El desarrollo de una marca es proceso en el que el lenguaje toma participación como herramienta inexorable para transformar una idea inasible en un mensaje concreto y comunicable.

Además, el anclaje de la moda en el discurso de los medios masivos hace necesario que el diseñador de indumentaria sea un buen comunicador y que, en muchos casos, incluso esté en condiciones de ser su propio agente de prensa.

Esta fue mi propuesta, entonces, al iniciar el curso de COE. Unas pocas clases bastaron para que dejara atrás ciertos prejuicios acerca del alumnado de una carrera como Diseño de Indumentaria. Con los primeros textos de producción propia, los alumnos hicieron que yo comenzara a observar que la moda es una forma de arte y que el espíritu artístico suele manifestarse a través de múltiples lenguajes, disciplinas y medios (entre ellos, la escritura).

Hacia mitad de cuatrimestre, sin embargo, el nivel de atención y participación en las clases había decrecido. Aprovechando la finalización del módulo de textos sobre comunicación escrita, y el inicio de la unidad sobre oralidad, propuse realizar una evaluación del cursado de la materia.

Nos sentamos formando un círculo con las sillas. Siguiendo el orden de la ronda, cada alumno fue dando cuenta de los aspectos positivos y negativos de la modalidad de clase, contenidos, trabajos prácticos y de la propia actitud frente a la materia. Allí surgieron cuestiones como el temor a exponerse en público, el escaso o nulo hábito de lectura, la dificultad para mantener la concentración, la turbación ante una serie de conceptos desconocidos. También apareció la eterna demanda de insuflarle un mayor dinamismo a las clases. Y entre todos consensuamos ajustar algunos mecanismos para dedicarle más tiempo a la interacción, a la producción y a la práctica.

La petición de asistir a una “clase dinámica” es un derecho válido de los alumnos. De hecho, el tema es un fantasma que